

para alimentar su ganado y en parte los usan como una forma de reclamar esa tierra como su propiedad privada. En contraste, los indígenas mantienen sus animales con ellos en sus aldeas y manejan la tierra de forma comunal.

El estudio de Idaho no demuestra que los indígenas siempre manejan sus recursos de forma más sostenible. Éste es apenas un caso, y en otros podría ser diferente. Sí demuestra que a pesar de la globalización y la proliferación de los valores occidentales, las diferencias culturales todavía son importantes. Cada grupo tiene sus propias reglas y su propia manera de hacer las cosas, y algunos tratan a la madre naturaleza mejor que otros. El estudio también deja claro que fortalecer el control de los indígenas sobre sus territorios ayudó a conservar los bosques de Bosawas. Eso es más de lo que se puede decir respecto a los esfuerzos poco exitosos del gobierno para mantener a los colonos fuera de la parte sur de la Reserva. Así que reconocer los derechos territoriales de los indígenas tal vez no sea una solución mágica para lograr la conservación, pero vale la pena hacer el intento.



Indio huetar Adán Murillo diserta sobre utilidad de nuestra biodiversidad

GERARDO ALFARO

En los mundos científico, académico e institucional hay un gran debate sobre qué es la biodiversidad de nuestros ecosistemas, su utilidad y los mecanismos legales para su “acceso”, “defensa” y “protección” por parte de empresas o entidades con fines comerciales o de “investigación”. Esto debido a que el Capítulo 11 (sobre derechos de propiedad intelectual sui géneris) del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Centroamérica ha puesto el tema en el candilero al pretender legalizar la mercantilización del conocimiento ancestral, y los recursos naturales asociados, en provecho de empresas farmacéuticas, agroquímicas y alimentarias transnacionales y nacionales. Se pretende que ese conocimiento que poseen nuestros abuelos y abuelas indígenas, negros y campesinos mestizos sobre plantas, animales y microorganismos sea usado por otros con fines de lucro, obviándose algo que entienden muy claramente ellos y ellas, que vivieron antes de los procesos de “modernización, progreso y desarrollo”: que tales conocimientos y recursos, como la tierra y los bosques, son bienes de toda la creación y que Dios los dejó no para privatizarlos y venderlos o comprarlos como cualquier baratija de supermercado, sino para usarlos en las siembras y la recolección y darnos de comer, vestir y curarnos. Como lo señalaba sabiamente, refiriéndose a la Tierra, el abuelo huetar de 79 años Delfín Masís, oriundo de Bocana de Puriscal (citado por Miguel Quesada [1996: 13]). Y en esa misma línea de pensamiento biocéntrico, la etnoecología en sus recientes estudios ha concluido que: tales conocimientos ancestrales etnoecológicos son parte integral e indisoluble del reciclaje de materia y energía que ocurre en el ecosistema y, por lo tanto, no se puede extraer ninguno de esos componentes con fines de privatización -y como mercancías- pues eso terminaría desequilibrando los componentes y procesos internos del etnoecosistema, como está ocurriendo desde hace muchas décadas en este país. Lo interesante es que en medio de este debate se ha buscado respuestas en el mundo científico costarricense, estando las respuestas ahí, a la vuelta de la esquina, en manos de personas humildes a las que nunca hemos tenido la humildad de escuchar.

Esto ocurre producto del adormecimiento, invisibilización e intoxicación ideológico-colonialista europeo-antropocéntrica, desde hace 500 años, y con la instauración del mito de la superioridad del mundo urbano industrial capitalista occidental sobre el mundo rural, con lo que se articula el mito científicista de que la única vía de acceso a la realidad es el de la ciencia occidental, que descartó las vías de acceso de la sabiduría ancestral de las civilizaciones indígenas americanas, africanas y asiáticas. Tan solo debemos tener ojos para ver y oídos para escuchar las enseñanzas y experiencias prácticas de nuestros abuelos y abuelas sobre la naturaleza y cómo convivir y sobrevivir “con ella”, no contracorriente de “ella”. Un ejemplo de estas enseñanzas es la siguiente lección ocurrida a una persona conocida en Ciudad Colón, cabecera del cantón de Mora, provincia de San José.

Ciudad Colón es la antigua ranchería de Pacaca, sede del cacicazgo de Coquiva, principal de Coyoche, el gran cacique del reino occidental de la gran nación indígena huetar, cuyo territorio se extendió desde la costa pacífica hasta la desembocadura del río Soih (río Conejo), hoy Reventazón, en el Atlántico.

Me contaron que una mañana del año 2003 llegó don Adán Murillo a la casa de don Miguel Parra Artavia para

Gerardo Alfaro, antropólogo, pertenece a la Fundación Etno-Ecológica Sūwak.

hacerle algunos trabajos de jardinería. Adán Murillo es un viejo de 75 años de ascendencia huetar, al igual que Miguel, pero en condición más transculturada este último. Miguel le dijo: “Mire, don Adán, necesito que me haga unos trabajitos aquí en el jardín de la casa y yo le pago el jornal: córteme el zacate, pódeme estos palitos de naranja y me transplanta estas matas de guineo y banano hacia aquel lugar al fondo de la propiedad, y me corta y repica bien todos los palillos y montecillos que no sirvan para nada y los entierra en una “gaveta” en el suelo, al fondo de la propiedad. Yo vengo en la tarde, como a las 3, para ver cómo le fue y para pagarle el jornal”. Pasó el día y en la tarde regresó don Miguel contento con la expectativa de ver su jardincito bien arregladito, como aquéllos que él apreciaba en las casas de los ricos en San José. Pero al llegar casi cae de espalda, pues Adán le había cortado el zacate, había podado los arbolitos, hizo los trasplantes de cepas, pero había dejado casi intacto los montecitos y arbolitos que habían crecido naturalmente en su jardín. Miguel Parra se molestó y le reclamó: “¡Qué pasó aquí don Adán!, ¡no cortó los palos y montazales que están arruinando las amapolas y jazmines!, ¡no le voy a pagar nada!”. Adán, con toda la serenidad y la seguridad de su sabiduría de indio viejo, le contestó: “Hice todo lo que me pidió... por lo tanto tiene que pagarme”. “¡Pero usted no cortó esa cochina de palillos y matorrales que le dije! ¡No, perdón, don Miguel –le respondió el “jardinero”-, usted me ordenó que cortara todos los montecitos y palitos que no sirven y así lo hice!” “Pero vea estos palillos –refutó el otro-, eso no sirve para nada, don Adán”. “¡Cómo que no sirven, venga y le explico!: vea, tiene plantas de mucha utilidad pero usted ya no tiene ese conocimiento de los antiguos. Aquí todo lo que hay tiene un uso: para medicina para usted y su familia, para curar las enfermedades y plagas de sus cultivos y flores, para curar sus gallinitas, terneros... algunas sirven para que ustedes hagan ricos picadillos y comidas y otros le pueden dar de comer a las tuchas [ardillas], chirrascuas y estucucas y pajaritos que lo llegan a despertar y a alegrar con sus cancioncitas en las mañanas. Todo lo que hay aquí tiene una utilidad pues Dios les dio sus dones para que nos den de comer o nos curen, no son montecillos inútiles como usted dice, pues es que la generación de ustedes perdió el conocimiento de los abuelos que sabían que todo en el campo y en el bosquecito de aquí hasta Quitirrisí nos cuida y nos ayuda en algo”. Adán llevó de la mano a Miguel por los senderos del jardín y le dio una gran lección de etnobotánica nativa huetar: “Miguel, este palillo que usted dice que no sirve para nada se llama turrú [*Eugenia ssp*], echa unas frutitas comestibles deliciosas en abril y tiene un sabor acidito y dulce; aquel otro es un palito joven de izarco u ojoche [*Brosimum alicastrum*], sus semillas, al caer, se muelen y se hacen ricas tortillas y chicha, más nutritivo que el maíz; aquel bejuquito se llama agrá [*Vitis tiliifolia*] y sirve para darnos de beber agua cuando en el monte se secan los arroyos... esa agua limpia los riñones, y según la cantidad de agua que da al cortarlo indica si la marea está alta o baja en el mar, y si podemos capar un cuchí, o si podemos sembrar maíz o yuca; este otro es un palito de jorco [*Garcinia intermedia*], y echa unas frutitas amarillas con sabor a limón; este otro matoncito es el turún [*Tinantia erecta*], sus botoncillos y florecitas azulitas se le echan a la sopa y los frijoles y le dan un sabor a carne de chanco; este otro matoncito se llama kioro [*Centropogon solanifolius*] y de sus flores rojas y amarillas se hace un picadillo riquísimo revuelto con huevos; esta otra platanilla se llama atirro [*Calathea macrocephala*]: echa unas mazorquitas o chufles de donde salen florcitas amarillas que se echan a la sopa o sirven para hacer picadillos de la flor; aquélla es la mata de pacá [*Carludovia palmata*], de donde viene el nombre antiguo de Pacaca y echa unas mazorquitas tiernas que se hacen en picadillo, y de los tallos se hace sombreros y canastas; este otro bejuquillo se llama utá [*Curcuvita ssp.?*], y sus chases o quelites se usan para hacer sopas; y vea esta belleza: este bejuquito que usted dice no sirve para nada se llama uña de gato [*Macfadyena unguis-cati*], y en bebedizo sirve para curar las úlceras estomacales, el cáncer y el sida. Aquel palito que está allá se llama en lengua huetar targuá [*Croton draco*], y su sabia roja como la sangre se toma en ayunas para curar la gastritis y sirve para lavarse los dientes y curar el sangrado de encías y cicatriza cualquier herida en la piel... Como ve, don Miguel, todo lo que hay aquí tiene una utilidad para vivir nosotros a favor de la Fuerza de la Tierra y no como hace su generación que le dio la espalda a estas plantas, que nos conversan sobre sus poderes”.

Miguel Parra, conmovido por la inesperada lección y por haber recuperado parte del conocimiento botánico ancestral de sus ancestros huetares (que había perdido en la escuela y la ciudad), miró a Adán con cariño y respeto de sabio abuelo indio: “¡Gracias por lo que hoy usted me ha enseñado!, yo había olvidado mis raíces y solo por eso quiero que siga viniendo a hacerme el jardín, y hoy le voy a pagar no un jornal sino jornal doble”. Se despidieron repletos del poder que da la sabiduría ancestral y se dirigieron a sus casas.

Esta historia me fue contada por Gustavo Parra, hijo de Miguel Parra, en el fin del año 2006, en Ticufres de Pacaca. Fue enriquecida con observaciones de otros abuelos indios de Quitirrisí y con aportes personales propios y de información recopilada en poblados escondidos huetares dispersos en los cantones de Mora y Puriscal.

Referencias bibliográficas

Quesada, Miguel. 1996. *Los huetares: historia, lengua, etnografía y tradición oral*. Editorial Tecnológica de Costa Rica. San José.

